

PROTEGER O AGONIZAR

(A VUELTAS ULTIMÍSIMAS CON EL PROTECCIONISMO)

Nietzsche anunciaba un siglo XX «maldito de las guerras». Y acertó. Hubiera podido añadir «y de las hecatombes sociales»... cuales fueron las crisis del 29 y del 37, el *diktat* de Bretton Woods en 1945, el golpe de Estado monetario de Nixon en 1972, el abandono del keynesianismo, y el *seppuku* de la URSS...

En la década de los 80 se inicia pues el final del sistema soviético, agobiado por las consecutivas carreras armamentísticas desencadenadas no por ambas partes como se ha afirmado durante décadas, si no por ese «partido de la guerra» que fue (y es) la NATO, bajo dirección norteamericana.

Y no es que el capitalismo se hallara en la década citada en muy boyante situación. Muchos, de hecho, pensaban que se hallaba en situación de pre-colapso. Pero el destino le vino a ver, al sistema y a sus capitales de todo pelaje, que se encontraron, a partir de 1989, con el «campo libre».

A la cabeza del Sistema, a su vez, a los USA, le apareció abierto el camino recto hacia una hegemonía prácticamente mundial.

Ambos hechos, campo libre para el capitalismo y vía expedita al hegemonismo norteamericano, han tenido como catastróficas consecuencias:

1. La desregulación de la circulación de capitales: como el Imperio vivía muy por encima de sus posibilidades, y ahorraba e invertía muy poco con fondos propios, la «libertad de circulación de capitales», junto con el mencionado creado «golpe monetario» de Nixon, que desconectaba el dólar del oro (con lo que, a partir de ese momento, para Washington «el dólar es nuestra moneda y vuestro problema»), vino a perfeccionar el sistema de Bretton Woods que consagraba al dólar como la moneda internacional de cambio, permitiendo a los norteamericanos drenar el ahorro del planeta y pasar a una economía cada vez mas financiarizada, que actuaba como una bomba absorbidora y redistribuidora de dicho ahorro foráneo.

2. A su vez, el colapso, provocado, de todos aquellos modelos proteccionistas (Fascista, Keynesiano y finalmente el de la economía planificada a la soviética) con la consiguiente desvalorización de sus paradigmas, le abrió la puerta grande a la ideología económica librecambista, auténtica vencedora de las guerras económicas del siglo XX, y ello con pretensión planetaria: esto recibirá el nombre de «mundialización». A partir de ese momento se inicia una loca carrera por la competitividad exterior, empujada por la creencia, errónea, de que es el sector exterior el fundamental para el crecimiento económico, en un mundo supuestamente «sin fronteras»...
3. Loca competitividad que nos llevará a deslocalizaciones industriales cada vez mas brutales hacia países de bajos salarios (y también a importar mano de obra procedente de estos últimos: compuerta abierta pues, casi de par en par, a la inmigración...) mientras que, simultáneamente el coste social (y económico) del Estado de Bienestar, aunque se le reconoce al menos cierto carácter de volante de seguridad estabilizador, es, simultáneamente, por una parte, reducido a fuerza (cantinelas del equilibrio presupuestario, como si la economía de un país fuese , como la empresarial, de partida doble) y, por otra trasladado en cada vez mayor cuantía desde las empresas hacia la sociedad en su conjunto.

A la vez, se asistirá a dos corrimientos increíbles: se sacraliza el mercado tanto por parte de los neoliberales como por parte de los socialdemócratas (que abandonan cualquier veleidad de hacer del Estado un agente económico activo e impulsor); y el «mercado» se hace pretendidamente «mundial». La consecuencia de esto serán, sobre todo, la desnacionalización de las elites dirigentes (que, como explica E. Todd, abrirá mas aun las puertas a una mundialización nefasta por la mayoría de sus aspectos, pero también porque facilita el contagio de las crisis nacionales a casi todo el planeta) (1), el libre cambio, la reducción paulatina de todas las demandas nacionales (y por ende, de la mundial), y la aparición de un paro cada vez mas crónico en Europa.

Y al francés Maurice Allais, Premio Nobel de Economía, que ya venía anunciando esto en la más absoluta de las indiferencias, los acontecimientos que vivimos (y que viviremos porque, digan lo que digan «las autoridades», esto no ha hecho más que empezar) le han dado la razón. Por ello, tras años de indiferencia hacia sus propuestas, y

su olvidada su genial «solución de las cuotas» (2), acaba de publicar una «Carta a los franceses» de enorme interés (3). Tras definirse como socialista (porque «el ideal socialista consiste en interesarse por la equidad en la redistribución de las riquezas») y liberal («porque los liberales auténticos se preocupan por la producción de esa misma riqueza»), explica Allais que nos hallamos frente a unas crisis bien diferentes: una más inmediata, pero considerablemente agravada por otra de mucha mayor antigüedad y duración, y que constituye el origen de la primera: «El fundamento real de la actual crisis [reside] en la organización [actual] del comercio internacional, que hay que reformar en profundidad y ello prioritariamente a la otra gran reforma indispensable cual es la del sistema financiero...La mayor parte del paro actual se debe pues a esa liberalización total del comercio, [y] la vía emprendida por el G-20 me parece consecuentemente nociva. Va a revelarse como un factor de empeoramiento de la situación social. Así que, constituye una estupidez mayúscula [y...] nos enfrentamos a una ignorancia criminal [por parte de los dirigentes del mundo]».

Y sería sencillo invertir la situación: «las deslocalizaciones, debidas a las excesivas diferencias salariales, provocan paro... [y por ello] es indispensable restablecer una protección por lo demás legítima... [y crear] conjuntos regionales mas homogéneos, que reúnan varios países cuando estos presenten similitudes de condiciones de rentas y sociales. Cada una de dichas «organizaciones regionales» sería autorizada a protegerse razonablemente contra las diferencias de costes de producción que les aseguran a determinados países competidores ventajas indebidas; simultáneamente, en el interior de la zona serían mantenidas condiciones de una sana y real concurrencia entre los países». En todo caso, insiste Allais, «no formo parte de los economistas que emplean el termino *burbuja* [ya que...] me parece inapropiado para describir el paro resultante de las deslocalizaciones. En efecto, la progresión [del paro] reviste un carácter permanente y de regularidad, y ello desde hace ya casi 30 años. La parte esencial del paro que padecemos... es producto, precisamente, de la liberalización del comercio a escala mundial y sin preocuparse de [la cuestión] de los niveles de vida. Lo que se esta produciendo es, por lo tanto, algo distinto de una burbuja, sino un fenómeno de fondo como lo es la liberalización de los intercambios»; y hay que distinguir claramente dos cosas: «los grandes dirigentes mundiales prefieren... retrotraerlo todo a la moneda, cuando ésta no representa más que una parte de las causas del problema. Crisis y Mundialización: ambas están ligadas. Arreglar tan solo el problema monetario no

bastará, no arreglará la cuestión esencial que constituye la nociva liberalización de los intercambios internacionales».

Pero ¿cuál proteccionismo? No hay que confundir «dos clases de proteccionismo: los hay nefastos, mientras que otros están plenamente justificados. En la primera categoría hayamos el proteccionismo entre países con salarios comparables no deseable en general. Sin embargo, el proteccionismo entre países con niveles de vida muy diferentes no sólo se justifica, si no que es absolutamente necesario» (4).

¿Son las tesis proteccionistas propicias solo para los países industrialmente avanzados y de renta alta? o ¿también son de aplicación para países en vías de desarrollo? Para Allais no hay duda de lo segundo: «dichos países [en vías de desarrollo] tienen interés... en unirse a sus vecinos que tengan parecidos niveles de vida, con la finalidad de desarrollar a su vez un mercado interno lo suficientemente amplio como para sostener su producción, pero también lo suficientemente equilibrado como para que la concurrencia interna no se base exclusivamente en el mantenimiento de bajos salarios. Esto sería aplicable, por ejemplo, a varios países del este de la U.E... Pero también a los de África, y toda América Latina» (5).

Ciertamente, algo parecido podemos hallar a lo largo de toda la obra de Samir Amin. Sin embargo se consideran a las tesis de Amin demasiado (?) orientadas hacia la planificación autoritaria. Por ello vamos a centrarnos en, además de la de Allais, la otra campanada de este invierno, esta vez por parte de un economista filipino. Es el caso de Walter Bello, nacido en 1945, parlamentario, profesor de Sociología en la Universidad de Filipinas, analista de la ONG «*Focus on the Global South*», inventor, según *The Economist*, del término «Desmundialización» y que acaba de publicar un largo artículo sobre «las virtudes de la desmundialización» (6). Comienza este autor por afirmar que «en su lucha contra la actual crisis económica, los gobiernos se vanaglorian públicamente de defender una coordinación internacional, pero, en realidad, están impulsando planes de relanzamiento a escala nacional, concebidos para redinamizar su propio mercado. Simultáneamente, han enterrado discretamente el crecimiento vía las exportaciones... [Por otra parte,] es cada vez más evidente que no se volverá a ese

mundo ampliamente dependiente de los consumidores norteamericanos: en su mayoría, están arruinados, y nadie les va a sustituir. Por lo demás... toda una gama de restricciones irá cercenando muy probablemente a los capitales financieros, en cuya frenética circulación podemos hallar uno de los factores de la crisis actual».

Claro que, hay que reconocer primero, que la fraseología del libre cambio sigue predominando en el discurso intelectual. Sin embargo, «las cosas están evolucionando mucho más deprisa que los ideólogos o que los defensores de la mundialización neoliberal». En todo caso, Bello va a demostrar que la desmundialización es una oportunidad y que ya constituye un contra-modelo «concebido como una solución de sustitución esencialmente destinada a los países en vías de desarrollo... Es igualmente pertinente para las principales economías capitalistas».

Once son los puntos clave de dicho «modelo alternativo», entre los cuales resaltamos:

1. La producción destinada al mercado interior (y no a la exportación) debe constituir el centro de gravedad de una economía sana.
2. El principio de subsidiariedad «debe ser aplicado en la vida económica de un país mediante incitaciones a producir los bienes a escala... nacional para proteger a la comunidad; ello siempre que sea a un coste razonable».
3. Las barreras aduaneras y los cupos deben tener como objetivo «proteger a la economía local frente a las importaciones de materias primas extranjeras subvencionadas y con precios artificialmente rebajados».
4. El objetivo de la política industrial (que incluye las subvenciones, las barreras arancelarias y los intercambios comerciales) reside en «revitalizar y reforzar el sector manufacturero *nacional*»...
5. Desgraciadamente «siempre aplazadas, las medidas de redistribución equitativa de las rentas y de las tierras (incluida la reforma inmobiliaria en el ámbito urbano) pueden contribuir a crear un mercado interior dinámico que se tornará en el pilar por excelencia de la economía y de la producción, y producirá recursos financieros para las inversiones».
6. «Las decisiones económicas estratégicas no pueden ser cedidas ni al mercado ni a los tecnócratas: al contrario, todas las cuestiones vitales (como

qué industrias deben ser impulsadas, cuáles deben ser progresivamente abandonadas, etc.) deben ser objeto de debates y de decisiones democráticamente adoptadas».

7. Debe hacerse «evolucionar el régimen de propiedad para pasar a una economía mixta que integre cooperativas y empresas tanto privadas como públicas, excluyendo a los grupos multinacionales».
8. En lugar del FMI y del Banco Mundial, deben establecerse «instituciones regionales basadas no en la economía de mercado o en la movilidad de los capitales, sino en principios de cooperación».

Se trata de escapar de la esclavitud de la «reducción del coste unitario», más allá de las consecuencias nefastas que dicha búsqueda que la reducción conlleva, por ejemplo «en términos de desestabilización social y ecológica». Pero no sólo se trata, para utilizar el termino acuñado por Karl Polanyi, de «reencastrar» la economía en la sociedad (y no dejar que aquella dirija a la sociedad), sino que hay que rechazar vías basadas en un modelo único y, también, en un contramodelo único; hay que alentar a la diversificación: «existen principios alternativos, ampliamente aceptados; ya fueron vislumbrados en la lucha contra el socialismo centralizado y el capitalismo. Sin embargo, la articulación completa de dichos principios (de los cuales hemos consignado aquí los mas importantes) deberá realizarse en función de los valores, de los ritmos y de las opciones estratégicas de cada sociedad».

Hasta aquí esos dos ultimísimos alegatos, europeo y asiático, en favor del proteccionismo (7). Tan solo unas consideraciones más: de que llueve sobre mojado en esta cuestión de «proteccionismo: si o no», también lo confirma Graham Turner, de *G. F. C. Economics*: «las burbujas reflejan el funcionamiento actual del capitalismo: las empresas deslocalizan para reducir sus costes salariales, lo cual debilita tanto la demanda en los países ricos que, para sostenerla, hay que dar a los consumidores un atracón de crédito barato». Con las consecuencias conocidas y que padeceremos con tiempo.

Otro ángulo de análisis es el de los autores de «*No Low Cost*» (8): «la carrera hacia los costes bajos [de producción]... deslocaliza los empleos»; y más aun: «¿Es razonable que un pantalón vaquero barato recorra como media 7000 Km. antes de ser vendido en París? ¿Es aceptable que la producción de un tomate marroquí... acarree la drástica disminución del nivel freático en Agadir?... Lo que pasa es que preferimos creer en la magia del *Low Cost*, imaginar que es posible producir el mismo automóvil o el mismo vestido por un coste 10 veces menor sin un impacto sobre el estado del planeta. En realidad, el milagro *Low Cost* sólo es un espejismo». Es decir vayamos al consumo local...

Claro que poco hay que esperar de nuestras clases dominantes, como lo pone de relieve uno de los dirigentes de Volvo. Sabido es que Volvo rechazó una fusión Renault que habría salvado a la vez la marca sueca y su europeidad. Hoy se intenta vender, en catástrofe, Volvo al grupo chino Geely; declaración de un alto cargo de Volvo: «Que Volvo sea vendida a los franceses o a los chinos es algo que carece de importancia». Se toma nota, y de que como siempre los europeos somos los gilipollas de la cuestión: ¿O no es proteccionismo la política tanto de los USA como de Gran Bretaña, pero también de China, de dejar caer sus monedas para dopar sus exportaciones y penalizar sus importaciones, es decir, para proteger sus industrias? Como explica Hervé Nathan (9), «ese G2...es un duopolio infernal que está imponiendo su ley al mundo entero. Gracias a su dólar bajo América endereza su balanza comercial, y China, a su vez... aumenta sus partes de mercado. Principal víctima: la UE, primer cliente de china y cuyos productos son demasiado caros para los USA». Entonces: «Proteccionismo o agonía económica».

Jorge Verstrynge.

(1)Para este autor «es el debilitamiento del concepto de nación lo que hace posible la mundialización y el insoportable ascenso de las desigualdades. No es

pues la mundialización la causa de la desnacionalización, si no que la desnacionalización es la causa de la mundialización». Ver Verstrynge: «Proteccionismo y economías de gran espacio», Barcelona (2009) El Viejo Topo, pág. 78.

(2) « ¿Como aplicar una *Preferencia Comunitaria* (en Europa o en otras zonas del mundo)? Los derechos de aduanas y las tarifas compensatorias no son fáciles de aplicar. Sin embargo, el *sistema contingentario* (o de cuotas o de cupos) o la subasta de los contingentes (o cupos) «es un sistema fácil de establecer y el mas eficaz y compatible con una... economía de mercado. Se trata... de subastar, en el caso de cada bien económico, la cantidad del mismo que hay que importar para satisfacer la demanda [interna], dado que la Comunidad [considerada] no produce el 100% de dicho bien». Fácil porque «el sistema de los cupos solo implica una decisión por producto: conocer la fracción máxima de consumo comunitario de dicho producto susceptible de ser asegurada por las importaciones. Así, no habría contingentamiento para los productos que la comunidad no produce. Pero para todos los demás productos, la protección [del mercado interior de la comunidad] la ejercería la subasta de los cupos para cada producto o grupo de productos. El objetivo sería así asignar para cada producto, o grupo de productos, que un porcentaje mínimo del consumo comunitario quede asegurado por la producción comunitaria». Y, añadimos nosotros, ello constituiría una buena fuente de ingresos que aplicar a una política industrial y agrícola activa... Ver, Verstrynge, Op. cit, Pág. 63.

(3) Ver la revista *Marianne* del 11 de diciembre de 2009.

(4) Añade Allais que «esto es particularmente pertinente en el caso de China con la cual se ha cometido la locura de haber suprimido las protecciones aduaneras en las fronteras. Pero también es pertinente con países más próximos, incluido en el seno mismo de Europa. Le basta al lector preguntarse sobre cómo luchar contra costes de fabricación cinco o diez veces menores –cuando no es más todavía- para constatar que la concurrencia no es viable en la gran mayoría de los casos» (Allais; Op cit; *Marianne*, Pág. 82)

(5)Op. cit. Pág. 82 y 83.

(6) Publicado por *Le Courrier International*, número especial de diciembre de 2009. Pág. 32 y ss.

(7) Quien desee profundizar sobre la cuestión recurriendo a autores muy recientes tales como Samir Amin y la «teoría de la desconexión», Jacques Mazier y «la tentación proteccionista nacional», J.M.Jeannenay y su «Inflación, protección y Europa», E. Todd y la «Europa potencia», J.L Greau y su «proteccionismo inteligente», Hakim El Karoui y «la soberanía proteccionista», y Jacques Sapir y su «Nuevo siglo XXI», puede acudir a Verstrynge, Op. cit.

(8) De Alexandre Kateb y otros... Paris 2009

(9) In «2010, la *Vraie crise va commencer*», *Marianne* del 11.12.09. Pág. 54.